
LA REBELIÓN DE LA DIGNIDAD

Guillermo Michel Sinner

Vámonos, vamos a buscar
y a ver si están guardados
nuestros símbolos.
Popol Vuh

Cansados de morir de muerte inútil

El despertar de 1994, todavía con los resabios de brindis y festejos por la celebración del Año Nuevo, símbolo de Vida nueva, trajo al mundo entero la noticia de la insurrección en Chiapas. Una sola palabra daba cuenta del cansancio de los indios chiapanecos. ¡Basta!, gritaron a los cuatro vientos. Y desde ese rincón del sureste mexicano, la voz y la presencia de los *sin-rostro* se expandieron por toda la redondez del planeta, gracias a la difusión que tuvo la *Declaración de la Selva Lacandona*. Se levantan en armas, en contra de la guerra genocida que “Los dictadores” han estado aplicando “contra nuestros pueblos”, como afirman sin ambages. “Pero nosotros *HOY DECIMOS ¡BASTA!*”.

Su insurrección, que tomó por sorpresa al mundo entero, pues en los medios informativos se consideraba que México entraba ese mismo día a formar parte del Primer Mundo, recibió los peores calificativos el día 2 de enero: “mito milenarista”, “delirio”, “provocación política”... La carga contra los “transgresores de la ley” se hizo evidente en los primeros días del movimiento armado. La furia de la contraofensiva militar, llevada a cabo por el ejército mexicano, que arrasó, masacró y bombardeó a civiles inocentes, hizo que tanto los medios informativos como la

sociedad civil trataran de detener el genocidio y reclamaran una solución política y no militar al conflicto.

Finalmente, después de diez días, se decreta el alto al fuego. Simultáneo al proceso de desinformación, proliferan datos estadísticos que justifican la rebelión: marginación, atraso, miseria, desempleo, mortalidad infantil desmesurada. En una palabra: violencia genocida. Los comunicados del *subcomandante Marcos* no se hacen esperar tampoco. Precisamente el 6 de febrero, *La Jornada* difunde uno de esos comunicados. Entre otras cosas, escribe Marcos:

Hablamos con nosotros, miramos hacia dentro y miramos nuestra historia: vimos a nuestros más grandes padres sufrir y luchar, vimos a nuestros abuelos luchar, vimos a nuestros padres con la furia en las manos, vimos que no todo nos había sido quitado, que teníamos lo más valioso, lo que nos hacía vivir, lo que hacía que nuestro paso se levantara sobre plantas y animales, lo que hacía que la piedra estuviera bajo nuestros pies, y vimos, hermanos, que era DIGNIDAD todo lo que teníamos y vimos que era grande la vergüenza de haberla olvidado, y vimos que era buena la DIGNIDAD para que los hombres fueran otra vez hombres, y volvió la DIGNIDAD a habitar en nuestro corazón, y fuimos nuevos todavía, y los muertos, nuestros muertos, vieron que éramos nuevos todavía y nos llamaron, otra vez, a la DIGNIDAD, a la lucha...

En este breve párrafo, en el que cuatro veces se menciona la palabra *dignidad*, se resume una de las razones más profundamente éticas de la insurrección chiapaneca.

Como ocurre con todos los vocablos, las palabras se gastan por el uso, como las monedas. Pareciera que al dirigirse al “pueblo de México y a todos los pueblos del mundo”, símbolos arcaicos vuelven a surgir y hasta las palabras adquieren un nuevo brillo, precisamente por la situación en que son dichas por los insurgentes, con las armas en la mano, y dispuestos a ofrendar su vida: “¿De qué nos van a perdonar?... —escribe Marcos el 18 de enero, a propósito de la amnistía ofrecida por el gobierno mexicano—: ¿De haber demostrado al resto del país y al mundo entero que la dignidad humana vive aún y está en sus habitantes más empobrecidos?” No hay prepotencia en estas palabras, ni rechazo a esa posible amnistía que se les ha ofrecido, desde “el viento de arriba”. Hay dolor. Tanto dolor y sufrimiento como el que expresaron en uno de sus primeros comunicados (enero 6):

Si ahora morimos, ya no será con vergüenza sino con dignidad como nuestros antepasados

En el idioma castellano, al igual que el latín clásico, la palabra dignidad (*dignitas*) es una palabra relacionada con la grandeza, con la estimación, con el valor intrínseco de algo o de alguien. Al insistir, como han insistido los indígenas chiapanecos, en defender su dignidad, en lograr una paz digna, y aun en dar su vida con dignidad, están confiriendo a su lucha una grandeza y una concreción que pocas veces se manifiesta en grupos reivindicativos. Precisamente por ésto, han exigido *respeto* a su dignidad humana. Y, entre otras muchas cosas, tal respeto a su *grandeza* no puede darse en “las condiciones miserables en que viven y mueren millones de mexicanos, especialmente... los indígenas”. Condiciones que se manifiestan como una “gigantesca injusticia histórica”. Y es injusticia por la falta de respeto a su dignidad, por haberlos dejado sin *trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz, como lo reclaman desde hace años*; pero que ahora, al decir *ya basta*, dispuestos a ofrendar la vida, su exigencia adquiere no el tono de *violencia* o de *transgresión de la ley* que les quieren imputar “desde arriba”, sino el de un dolor inescrutable, insondable, que sólo pueden sentir quienes han percibido agudamente su dignidad humana aplastada y su grandeza de “hombres verdaderos” negada, pisoteada.

Paz con justicia, respeto y dignidad

Al aceptar el diálogo, para sentarse a discutir con el Comisionado para la Paz y la Reconciliación, con la intermediación del obispo Samuel Ruiz, los miembros del CCRI-CG, en diferentes ocasiones han insistido que ellos no aceptarán una paz que no dé respuesta a sus demandas de democracia, justicia y libertad, inherentes al respeto que merece su dignidad. Más aún, advierten que la paz social sólo llega a ser tal cuando es *justa y digna* para todos. Este todos no se refiere tan sólo a los indígenas, sino a todos los mexicanos.

En consecuencia, no pueden menos que luchar contra un “sistema en donde manda el dinero y gobierna la mentira”. Análisis muy diversos y desde hace largo tiempo, han mostrado que la “dictadura perfecta” de la que habló Mario Vargas Llosa, es una realidad cotidiana para el pueblo

mexicano desde la fundación del partido oficial, en 1929. Uno de tantos ensayos que se han publicado a propósito de este tema, el de Rafael Ruiz Harrel, escrito en 1985, logra “demostrar” (hasta donde pueden demostrar las ciencias sociales) que *“las crisis que nos afectan no nacen... sólo de que nuestros gobiernos, en vez de dedicarse a trabajar por el país, a gobernar, hayan dedicado lo mejor de sus energías —y de sus presupuestos— a conservarse en el poder, sino también porque ha venido aumentando su ceguera”* (1987: 249).

Después de un meticuloso recorrido por los vericuetos de nuestra historia —especialmente la posrevolucionaria—, su *Exaltación de ineptitudes* concluye con un juicio en nada diferente a la percepción del EZLN sobre el momento actual:

La “Revolución Mexicana” vista a setenta y cinco años de su origen, nos ha traído una “justicia” ciega ante la tortura; una “justicia social” capaz de empobrecer a los pobres en un país rico; una “paz social” que resulta de la amenaza, el negocio, la presión, el enjuage y la represión no que nazca de la satisfacción ciudadana. La “Revolución Mexicana” y los gobiernos que han surgido erigiéndola en pretexto, han traído a México desempleo, marginación, desesperanza, hambre, inflación, dependencia, mugre, despolitización, pobreza, deterioro social y humano... (Id.: 360).

El “milagro mexicano”, en todo caso, no consiste en haber conservado la paz social, sino en haber sofocado cualquier intento de rebeldía y de haberlo ahogado en sangre, como en 1968... y en otras muchas ocasiones. El “milagro mexicano”, si así puede llamarse a este espejismo de “modernización” económica, consiste, sobre todo, en haber manipulado de tal modo a la población, que mantuvieron la “paz” sobre cimientos de injusticia, traducida en fraudes electorales, ajustes estructurales con elevadísimos costos sociales, saqueo de las arcas públicas, desprecio por el pueblo, imposición del “tiranosaurio” sexenal, absoluto, especialmente en las últimas elecciones presidenciales de 1988. Si pudieran verse “las condiciones miserables en que viven y mueren millones de mexicanos”, por culpa de los sucesivos gobiernos emanados de la “Revolución Mexicana”, lo milagroso viene a ser que no haya cundido el estallido chiapaneco a todo el país. Sin embargo, creo que es posible advertir una ola creciente de insatisfacción y la determinación de cientos de grupos sociales, sobre todo indígenas, de poner un hasta aquí y decir “*ya basta*”.

No considero inexacta la percepción del EZLN en el sentido de que “a nivel nacional hay mucho descontento, pero hacía falta que alguien diera una lección de *dignidad...*” Tal vez, el ejemplo cunda. No para tomar las armas y hacer la revolución armada (la primera revolución poscomunista, como dijera Carlos Fuentes), sino para “*levantar la cabeza, y con dignidad* (como) *los más infraciudadanos de este país que ahora se llama México*”. Este es uno de los deseos del EZLN: “Háganlo ustedes igual –advierten al pueblo de México– dentro de su ideología, dentro de su medio, dentro de su creencia y *hagan valer su condición humana*”.

Después de más de dos meses de haber llamado la atención sobre las consecuencias reales del neoliberalismo, impuesto por el PRI gobierno desde hace doce años, y sobre la “gigantesca injusticia” cometida por el sistema político mexicano a lo largo de decenios, los zapatistas han acudido a las “Jornadas para la Reconciliación y la Paz”, entre vítores del pueblo. Protegidos por voluntarios de muy diversas Organizaciones No Gubernamentales (ONG), por miembros de la Cruz Roja y aun por miembros de la policía militar, desarmados, los “dialogantes” del CCRI-CG, han dejado en claro que, en caso de escoger entre caminos, entre opciones diversas, siempre escogerán el camino de la dignidad: “*Si encontramos una paz digna, seguiremos el camino de la paz digna...*”

No obstante, el camino de la *liberación* que ellos se propusieron al bautizar con este nombre a su ejército, no está ni estará exento de dificultades. Simplemente para atender sus demandas sociales, resulta indispensable superar lo que Galtung llama situación de *violencia estructural*. Esta violencia difusa, casi intangible aunque suele expresarse también, como en Chiapas, con asesinatos impunes llevados a cabo por las “guardias blancas” de finqueros y ganaderos. Tal violencia institucional –como el “Partido” en el poder– ha generado en su seno una verdadera “estructura de dominación”. En este contexto, si la paz no es una paz verdaderamente *digna* “se convierte en un máscara, cuya sonrisa oculta el despojo, la represión contra los inconformes, la explotación a los trabajadores, la marginación de la mayoría campesina, el colonialismo interno y externo, la penetración cultural y la fragmentación social” (Michel, 1992: 137).

En esta perspectiva, sin *liberación* no es posible vivir en paz. Necesariamente tiene que darse la lucha (armada o pacífica) para superar y destruir la estructura de dominación que, como estructura hermética de acero, trata de sofocar cualquier intento para establecer la democracia,

la justicia y la libertad –tal como las conciben los zapatistas chiapanecos–; es decir, basadas en el *respeto a la dignidad de cada hombre*.

Desgraciadamente, esta aspiración implica negar el principio capitalista de “mucho en pocas manos” –y nada, o casi nada en las muchas manos de la mayoría. En el contexto actual, sometido a las leyes del “libre mercado”, en donde se supone falsamente que gana el más capaz, el más trabajador, el más competente, el que ofrece calidad total, y donde aquellos que tienen mucho (aunque sólo sean trescientas familias, como ocurre en México) piensan que se lo ganaron honradamente, ¿cómo llegar a superar las condiciones de explotación, y cómo emprender el camino de liberación sin violentar la estructura de dominación y romper su coraza de acero? ¿Cómo cambiar de raíz un *sistema* económico-político “donde manda el dinero” –la plutocracia– “y gobierna la mentira” –el priato–? ¿Será posible acceder a una paz *digna* mediante un proceso no violento de liberación? ¿Será factible que los opresores renuncien voluntariamente a sus prácticas de dominación? En consecuencia, ¿se obtendrán la libertad (“nuestro derecho”), la democracia (“nuestra razón”) y la justicia (“nuestra vida”), después de las famosas Jornadas para la Reconciliación y la Paz presididas por el Comisionado Camacho, intermediadas por el obispo de San Cristóbal y protagonizadas por los 19 miembros del Comité Clandestino de Resistencia Indígena?

Al mencionar a quienes dialogaron en la *Catedral de la Paz*, como la rebautizara recientemente su obispo, no pretendo afirmar que el problema de Chiapas se circunscriba a esa entidad y a “sólo cuatro municipios”. Lo que se está jugando en Chiapas, desde el 1o. de enero de este año, es el destino del país entero. “Todo Chiapas es México, todo México es Chiapas”. Coincido plenamente con Luis Javier Garrido quien, en fechas recientes, hizo notar la necesidad de que renuncie Carlos Salinas de Gortari a la presidencia, pues constituye un obstáculo real para iniciar la transición a la *democracia*. En su artículo del 25 de febrero, destaca lo siguiente:

En el diálogo –y negociación– de la catedral coleta de San Cristóbal de las Casas no se está, por lo tanto, decidiendo tan sólo un problema *local*, como pretenden con arrogancia los salinistas, o reparando “un descuido”, como sostienen los amigos de éstos en Washington, sino se está determinando, quierase o no, el futuro de México. En un “sistema” centralizado como el mexicano, todos los problemas son de índole nacional, y quien decide en una

entidad federativa no es el gobierno local, que no tiene autonomía alguna, sino el gobierno federal, de tal manera que al negociarse las condiciones para la paz y la justicia en Chiapas, se pueden sentar las bases para que se inicie en México, un proceso de transición a la democracia. En Chiapas se está jugando el destino nacional. (*La Jornada*, febrero 25, 1994).

Para abundar en la argumentación de Garrido, baste recordar que el Comisionado Camacho fue seleccionado y enviado por Salinas de Gortari, y todo cuanto éste decide es lo que aquél debe acatar. Está, pues, subordinado a su jefe en todo momento. Y éste no ha manifestado, ni en palabras ni en hechos, estar dispuesto a comprender —menos aún a satisfacer— las demandas de justicia, libertad y democracia, tal como las plantean los zapatistas. Más aún, en opinión de Garrido, “con base en las guardias blancas de los finqueros, el régimen está pretendiendo crear otro grupo armado al que pueda otorgarle representatividad, lo que muestra que no hay una voluntad democrática de su parte” (*ibid.*).

En estas condiciones, el camino de la liberación —nuevo nombre de la paz digna— no parece fácil ni accesible. Más bien, amenaza con empanzarse, pues el EZLN aún insiste en sus demandas iniciales, como lo manifiesta un “Comunicado” del CCRI-CG, de fecha 26 de febrero. En un texto que, como casi todos, está lleno de alusiones míticas —en el sentido más profundo del término— se dirigen una vez más “al pueblo de México, a los pueblos y gobiernos del mundo (y) a la prensa nacional e internacional”. Voy a citarlo *in extenso*, pero únicamente los últimos párrafos, con objeto de no distorsionar ni su expresión poética ni sus demandas precisas:

Que busquen a los hombres y mujeres que mandan obedeciendo, los que tienen fuerza en la palabra y no en el fuego, que encontrándolos les hablen y les entreguen el bastón de mando, que vuelvan otra vez a la tierra y a la noche los sin rostro, los que son montaña, que si vuelve la razón a estas tierras se calle la furia del fuego, que los que son montaña, los sin rostro, los que en la noche andan, descansan por fin junto a la tierra.”

Hablaron así los hombres sin rostro, no había fuego en sus manos y era su palabra clara y sin dobleces. Antes que el día venciera otra vez la noche, se fueron, y en la tierra quedó su palabra sola: ¡Ya basta!

Los hombres y mujeres del EZLN, los sin rostro, los que en la noche andan, los que son montaña, buscaron palabras que otros hombres entendieran y así dicen:

Primero. Demandamos que se convoque a una elección verdaderamente libre

y democrática, con igualdad de derechos y obligaciones para las organizaciones políticas que luchan por el poder, con libertad auténtica para elegir una u otra propuesta y con el respeto a la voluntad mayoritaria. La democracia es el derecho fundamental de todos los pueblos indígenas y no indígenas, sin democracia no puede haber ni libertad ni justicia ni dignidad, y sin dignidad nada hay.

Segundo. Para que haya elecciones libres y democráticas verdaderas es necesario que renuncie el titular del Ejecutivo Federal y los titulares de los ejecutivos estatales que llegaron al poder mediante fraudes electorales, no viene su legitimidad del respeto a la voluntad de las mayorías, sino de su usurpación. En consecuencia, es necesario que se forme un gobierno de transición para que haya igualdad y respeto a todas las corrientes políticas; los poderes legislativos, federales y estatales, elegidos libre y democráticamente, deben asumir su verdadera función de dar leyes justas para todos y vigilar su cumplimiento.

Tercero. Otro camino para garantizar la realización de elecciones libres y democráticas verdaderas es que se haga realidad, en las grandes leyes de la nación y en las locales, la legitimidad de la existencia y trabajo de ciudadanos y grupos de ciudadanos que, sin militancia partidaria, vigilen todo el proceso electoral, sancionen su legalidad y resultados, y den garantía, como autoridad real máxima, de la legitimidad de todo el proceso electoral.

Esta es la palabra del EZLN. Con democracia son posibles la libertad y la justicia. En el engaño nada florece, en la verdad todo es posible.

¡Libertad!

¡Justicia!

¡Democracia!

Respetuosamente...

No puede plantearse con más claridad que por los mismos protagonistas de esta batalla por la *liberación*, que el nuevo nombre de la *paz* –para este país y para muchos otros en iguales o peores circunstancias que el nuestro– implica *democracia*, pues “sin democracia no puede haber ni libertad ni justicia ni dignidad, y sin dignidad, nada hay”. Este es el punto: sin *dignidad*, “nada hay”.

Y “nació nuestra fuerza en la montaña”

Ante las demandas nacionales, planteadas por este ejército de “hombres sin rostro” –como se llaman ellos mismos– el futuro no puede ser más

incierto. Será necesario que el “viento de arriba”, renunciando a su voluntad de poder, a su predominio prepotente, por primera vez en nuestra historia escuche la firme voz del “viento de abajo” y, sin desencadenar la tormenta, se libere de su propia enajenación: la esclavitud del poder, tan celosa y fraudulentamente mantenido por el “sistema” desde 1929 hasta la fecha.

Establecer en estos momentos las condiciones para iniciar el “tránsito a la democracia”, no parece fácil. El salinismo ha emprendido una serie de acciones, en acatamiento a medidas dictadas por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco Mundial: modificación al artículo 27 de la Constitución –una de las causas del levantamiento armado–, reconocimiento jurídico a las iglesias (artículo 130), privatización de casi todas las empresas estatales y paraestatales, apertura a los mercados y capitales transnacionales, cuasicongelación de los salarios durante los últimos cinco años, mediante el establecimiento de los llamados “topes salariales...”

A pesar del descontento que han provocado estas medidas, incluso en ciertos sectores empresariales, obligados a declararse en quiebra, fue necesaria la “lección de dignidad” que están dando estos “hombres sin rostro” chiapanecos –tzeltales, tzotziles, choles y tojolabales– para caer en la cuenta de la urgencia de un cambio profundo. Sin poder precisar las consecuencias que tendrá esa “lección de dignidad” sobre la conciencia nacional, es un hecho que el EZLN cuenta con la simpatía de numerosos sectores de la población. En el artículo ya mencionado de Luis Javier Garrido se consigna que en el Palacio de Bellas Artes,

durante el estreno de una nueva puesta en escena del *Nabucco*, de Verdi..., al interpretarse el inmortal *Va, pensiero sull'ali dorate* del coro de los hebreos, la música que hicieron suya los navistas (de San Luis Potosí) en 1991, como en la Italia de 1842, ocupada por los austriacos, una voz anónima gritó, siendo secundada de inmediato: “¡Vivan los indígenas!” “¡Vivan los zapatistas!”..., en un grito que es un símbolo de lo que pasa en México” (*ibid*).

Tales muestras de simpatía ponen en evidencia que los zapatistas no están solos. Diariamente, a través de la prensa escrita, muchas otras voces manifiestan lo mismo. En días recientes, un numeroso grupo participó en la marcha del movimiento indígena guerrerense “500 años de Resistencia Indígena”, que llegó al Zócalo de la capital mexicana el 3 de mar-

zo, para manifestar al Ejecutivo Federal su solidaridad con sus hermanos chiapanecos. Sin embargo, no creo que éstas u otras acciones más contundentes, basten para hacer ceder al sistema en el intento de mantenerse en el poder. Son demasiados intereses personales y grupales los que están en juego. Son demasiados los compromisos contraídos por el Tratado de Libre Comercio. Son demasiadas las presiones de los grandes capitales transnacionales, para permitir que “un puñado de indios” pongan en jaque al priato. La enorme importancia que ha adquirido el Ejército en estos días y cuyas violaciones a los derechos humanos, según parece, quedarán impunes, también pesará al momento de atender las enérgicas demandas planteadas por estos “hombres sin rostro”.

Aparentemente, desde el 1o. de enero cayeron las máscaras de la modernidad exhibidas por el propio régimen. Han salido a la luz las cuotas trágicas de miseria, humillación y muerte que han debido soportar millones de mexicanos en todos los ámbitos del país, gracias al “liberalismo social” implantado violentamente desde hace casi doce años en contra de los más pobres e hipócritamente barnizado este sexenio salinista con el programa “Solidaridad” –un mecanismo más de control político y de cooptación. No sé cómo responderá el salinismo, ante las demandas reiteradas del Comité Clandestino de Resistencia Indígena sobre la necesaria renuncia del Ejecutivo Federal y de los ejecutivos estatales usurpadores.

“Tratándose de las demandas sociales de los indígenas –declaró Salinas el día 24 de febrero– yo le he autorizado (a Camacho) a ser generoso en esa respuesta”. ¿Será también generoso con todo el país y renunciará en bien de la patria? ¿Dejará de ser generoso con un dinero que no es suyo, y renunciará al poder presidencialista que sí es suyo?

A pesar de tantas dudas, de cuestiones sin fin, algo parece cierto: la liberación, como nuevo nombre de una paz digna, no será posible ciertamente sin el tríptico enumerado y explicitado en tantas ocasiones, por este Ejército Zapatista de hombres sin rostro, pero con almas a flor de piel, que de la oscuridad de la noche han salido de la montaña, “de algún lugar de la selva lacandona”, para anunciar un nuevo día en que el autoritarismo cederá el paso a la democracia. Y, con ella, a la libertad, a la justicia y a la dignidad... Pues “sin dignidad, nada hay”.

Tsa'kob, en tzeltal, significa “buscar la palabra”, “buscar solución a un problema”, “interpretar adecuadamente una realidad”. Pareciera que esto han hecho desde hace siglos, “cuando nada había más que desespe-

ranza”, estos hombres y mujeres cuyos rostros sin rostro se han proyectado a todo el mundo vía satélite y en las páginas de innumerables diarios. Por esta razón considero que, en conclusión, debo citar sus propias palabras, para exponer, una vez más su propio pensamiento, su propia visión del mundo, su propia concepción del país que muchos mexicanos anhelamos. Al hacerlo, me parece que tanto en éste como en otros caminos y propuestas no están solos. Vayan, pues, sus palabras, con sabor a mito milenario:

Fue nuestro camino siempre que la voluntad de los más se hiciera común en el corazón de hombres y mujeres de mando. Era esa voluntad mayoritaria el camino en que debía andar el paso del que mandaba. Si se apartaba su andar de lo que era razón de la gente, el corazón del que mandaba debía cambiar por otro que obedeciera. Así nació nuestra fuerza en la montaña, el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos. Otra palabra vino de lejos para que este gobierno se nombrara, y esa palabra nombró "democracia" este camino nuestro que andaba desde antes que caminaran las palabras.

México, D.F., marzo 17 de 1994.

Breve nota bibliográfica

Todas las citas de los “comunicados” y cartas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional han sido tomadas del diario *La Jornada*, al que he recurrido en forma constante, desde el 2 de enero hasta la fecha. El semanario *Proceso*, ha sido fuente de inspiración en muchos sentidos. La obra de Rafael Ruiz Harrel, *Exaltación de ineptitudes*, México, Editorial Posada, 1987 (6a. edición), me aportó una visión sintética de lo que ha sido el presidencialismo mexicano, sobre todo a partir del periodo pos-revolucionario, y especialmente desde la fundación del partido oficial (1929). Por último, el sentido de lo que significa la “violencia estructural” -como declaración de guerra contra los excluidos- la retomé de mi ensayo “Liberación: nuevo nombre de la paz”, incluido en mi obra *Entre la revolución y la utopía*, México, Paradigmas Ediciones, 1992.